

Configuraciones pasionales: hacia una dialógica de la experiencia afectiva

*Raymundo Mier Garza**

*En memoria de Gregorio Kaminsky
sin cuyo pensamiento y afecto nada
de esta reflexión pudo haber ocurrido.*

Resumen

La noción de pasión es cardinal y, sin embargo, difícil de situar en la tradición filosófica occidental. Su genealogía es densa e intrincada, vaga y, paradójicamente, sustentada por incontables evidencias pragmáticas y experiencias íntimas. Los esfuerzos invertidos en la tarea de clarificar y comprender su naturaleza han sido incansables, y, no obstante, fallidos. Sin embargo, el pensamiento contemporáneo ha preservado la convicción de la significatividad de esta noción. Ha vuelto su mirada hacia momentos cruciales en la historia de la filosofía, de manera privilegiada a las corrientes clásicas y a las contribuciones definitivas del racionalismo, para explorar las diferentes facetas de la relevancia filosófica, antropológica y política del concepto. Las lecturas contemporáneas de Descartes, Hobbes, Leibniz y Spinoza han edificado perspectivas relevantes para la comprensión del vasto y polémico paisaje de problemas filosóficos que aún preservan una incidencia viva en las propuestas contemporáneas. Este texto busca ofrecer una breve contribución al diálogo contemporáneo en torno de esta noción.

Palabras clave: formaciones pasionales, expresión, fuerza, sujeto, vínculo.

* Profesor-investigador en el Departamento de Educación y Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, profesor del doctorado en Ciencias Sociales en la División de Ciencias Sociales de la UAM-Xochimilco. Profesor de las asignaturas de Filosofía del lenguaje y Teoría antropológica en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Correo electrónico: [rmier@prodigy.net.mx].

Abstract

The notion of passion is cardinal, and yet hardly traceable in the Occident's philosophical tradition. Its genealogy is dense and intricate, vague and, paradoxically, supported by uncountable everyday pragmatic evidence and intimate experiences. The efforts spent in the endeavour of clarifying and understanding its nature have been restless and nevertheless unsuccessful. Nevertheless, modern thought has preserved the conviction of the meaningfulness of this notion. It has turned back to crucial moments in the history of philosophy, chiefly classical currents and the definitive contributions of Rationalism, to explore the different facets of the philosophical, anthropological and political relevance of the concept. Contemporary readings of Descartes, Hobbes, Leibniz and Spinoza have built up relevant perspectives for the understanding of the vast and polemic landscape of philosophical problems that still preserve a vivid incidence in the current philosophical approaches. This text seeks to offer a brief contribution to the contemporary dialogue on this notion.

Keywords: *passional formations, expression, force, subject, link.*

La pasión: interrogaciones en los márgenes de la experiencia

La noción de *pasión* surge temprano y permanece viva en la reflexión de Occidente. Sus perfiles difusos, cambiantes, suelen integrar modalidades y rasgos diferenciados de la experiencia. Las pasiones suelen referirse a las propiedades dinámicas de la existencia: modalidades de acción y pensamiento enlazados a sensaciones y afecciones. La pasión alude a la transformación de esta fuerza impulsiva en el tiempo, a sus duraciones y sus intensidades. Las pasiones asumen su fisonomía cambiante a partir de su posibilidad de responder a situaciones cambiantes, a dar lugar a acciones que revelan no sólo disposición y una orientación deliberada para afectar a su entorno, sino a responder a una disposición a afectar y a ser afectados. Esa deliberación múltiple, regida por las disposiciones de la afección, se bifurca: se orienta

hacia el otro, hacia los territorios extrínsecos de la subjetividad, pero también es la condición constructiva del *self*, de sí mismo. Supone la composición de una multiplicidad diferenciada de fuerzas, de tipos de acción recíproca, de composición de las causalidades, de potencias y de acciones psíquicas, mentales y anímicas capaces de conjugarse o incluso de fusionarse; las pasiones en sí mismas revelan impulsos, tensiones o presiones que se expresan con la intransigencia de una necesidad, con frecuencia ingobernable e imposible de postergar. No obstante, en ocasiones la pasión hace patente una raíz oscura, una fuente o la génesis irreconocible de un impulso que excede la disposición de la conciencia del sujeto para su control.

Sin embargo, esa raíz oscura no cancela la exigencia de una intervención de la conciencia en el reconocimiento de su aparición y su persistencia. Las pasiones adoptan nombres, se despliegan en taxonomías, en modalidades y modos expresivos –construcciones de frases, construcciones retóricas, secuencias inferenciales y argumentativas, estrategias de persuasión e incluso de engaño, automatismos y hábitos, ficción, composiciones estéticas– plasmadas en materia visual, auditiva, táctil e, incluso, olfativa. Así, comprometen no sólo los cinco sentidos, sino los mecanismos de la propioceptividad y de la interioceptividad (modos de la percepción no sensorial de los procesos del “interior” del cuerpo, como derivados del acontecer de la subjetividad y los modos de expresarse de la conciencia). Suelen exhibir las señales de la urgencia, de lo invencible, lo intratable, pero también en ocasiones de lo necesario y de lo fatal. También despliegan patrones de expresión o modos de manifestación plurales, disgregados, expresiones fragmentadas, interrumpidas, suspendidas, constelaciones de silencios, estrategias de la alusión o de la intriga, o bien los modos de acción a distancia, postergados o retroactivos. Las pasiones acompañan la potencia intrínsecamente narrativa de las palabras o de las formaciones expresivas, emergen de la variedad de analogías, semejanzas o metáforas, participan de las modalidades de la significación –acciones simbólicas que se proyectan sobre otras acciones significativas– se realizan mediante series verbales: saber, querer, poder, deber, que se componen gramatical o lógicamente con

otras series verbales: ser, hacer, tener; así saber hacer, deber ser, poder tener revelan modos de composición verbal, despliegue de “tensiones inferenciales” derivadas. Las formaciones semióticas involucran intensidades y calidades pasionales, argumentativas o inferenciales, propias y singulares, que asumen alcances y relevancias particulares a partir de las diversas materias expresivas; así, una forma semiótica visual como la pintura suscitará respuestas pasionales de una calidad inconmensurable a la despertada por composiciones verbales o musicales, o por sensaciones táctiles o derivadas de contactos corporales. Las pasiones, como momento autorreflexivo de sentido —como momentos de la construcción de sí mismo, de autorreferencia del *self*— parecen vuelcos súbitos de la experiencia, pliegues fulgurantes en el desarrollo de los vínculos o como revelación en las disposiciones del sujeto ante el acontecer de los fenómenos. Pero surgen también como hábitos, automatismos, respuestas de naturaleza cuasiinstintiva, como formas expresivas de lo pulsional, o bien como acontecimientos de formaciones singulares del alma humana que se ofrecen como espectros de signos, índices, articulaciones diagramáticas. Constituyen señales de identidad o de extrañamiento radical de toda identificación; reclaman inscripciones en la memoria o restos y huellas residuales, enigmáticas; dan lugar a los relatos sobre acciones y afecciones que remiten a una tiranía ejercida por agentes inciertos: impulsos íntimos, pero que parecen encontrar su fuente y perfilar su naturaleza en posiciones o actores externos.

La pasión participa así de la *ambivalencia* entre externo e interno —lo surgido de la conciencia y más allá de ella, emergente de las vertientes irreconocibles de lo inconsciente o surgido de un acontecer que incide sobre la percepción y afecta de forma duradera o fugaz al sujeto; lo que inscribe en su experiencia una huella o se disipa en un olvido inmediato—. La pasión se despliega entre procesos puramente subjetivos y modos que comprometen la incidencia y el diálogo con el devenir; preserva una fisonomía dual, revela una potencia surgida de las dimensiones interiores, tanto conscientes, conducidas por la atención y la voluntad, como oscuras e inasequibles del sujeto. Esta dualidad participa en las estrategias para determinar el sentido, el va-

lor, la finalidad del propio actuar y su adecuación a las exigencias vitales del sujeto. La pasión se funde así con otras experiencias atribuidas a las improntas identitarias del sujeto: la singularidad del sujeto parece surgir de la trama de sus pasiones, sus disposiciones, sus impulsos; de la composición de sus afectos, la irrupción de sus inclinaciones. La fuerza singular de la pasión se expresa como el acontecer de arrebatos que responden al destello indeterminado de la experiencia, al asombro despertado por las situaciones. Asimismo, la singularidad pasional cobra su identidad y su sentido con la figuración y expresión de los deseos. El deseo y la pasión exhiben una alianza íntima: la intensidad de la pasión se arraiga en la conformación y la expresión del deseo. La expresión pasional asume así condiciones paradójicas: por una parte, se manifiesta en un actuar cuyo impulso desborda los marcos reguladores de los hábitos, de los patrones instituidos, de las imposiciones de la *doxa*. Por la otra, la regulación, para su realización concreta, para su aplicación, para ejercer su control sobre los actos desbordantes, transgresivos, reclama una fuerza pasional propia, sin la cual, le sería imposible preservar su vigencia, su sentido y su relevancia imperativa.

El rastro genealógico de la comprensión de las pasiones

La inquietud ante las pasiones emerge en la raíz del pensamiento filosófico. Las pasiones son caracterizadas tempranamente a partir de una discordia entre puntos de vista disyuntivos: la pasión surge o bien como germen de la potencia creativa, o bien como impulso para el extravío; como expresión de la vitalidad inherente al reclamo de inteligibilidad del mundo y de sí mismo, o como abandono y derrota del ejercicio del propio control de sí y de la capacidad ordenadora de la voluntad. Así, las pasiones emergen como una designación que engloba y conjuga al mismo tiempo las más diversas facetas de la experiencia humana. Al mismo tiempo, permanecen como una dimensión inabordable y constitutiva de la experiencia, evidente y elusiva, íntima y pública, irreductiblemente singular, arraigada en

las zonas más inaccesibles, oscuras, herméticas, cerradas al acceso a la vocación autorreflexiva del sujeto. La fuerza, la intensidad, el destino y los desenlaces de las pasiones permanecen ajenas a toda tentativa de esclarecimiento. Sin embargo, cobran la fuerza de la evidencia; marcan el ejercicio de la voluntad y del deseo; se despliegan en las dimensiones más abiertas y patentes de la conciencia; se incorporan con los impulsos y las condiciones de la razón, a veces de manera conjuntiva, apuntalando la creación cognitiva, pero también a veces de manera disyuntiva, al inhibir o dislocar los recursos inferenciales para la aprehensión de la verdad. La expresión de las pasiones se tornan íntimas y públicas, secretas y manifiestas, participan de las formas más recónditas de lo anímico y, asimismo, de diversos regímenes colectivos de expresión. Son discernibles y con frecuencia transparentes e inequívocas, a veces oscuras, elusivas, irreconocibles y hasta innombrables. Son punto de partida para la generalización de vínculos y de conductas, o bien señalan los rasgos más singulares, los giros más irreductiblemente propios de las respuestas humanas.

La pasión comprende un dominio a la vez reconocible y difuso, abierto, restringido e inabarcable en sus matices, de los dominios de la razón y de lo irrazonable, incide visiblemente, de manera subrepticia, incluso nítidamente reconocible en los patrones y hábitos de acción, o lo hace de manera invisible, define potencias o expresiones, disposiciones a la acción y a la reflexión, pero también a la recepción e incidencia de acciones externas positivas o negativas. Al mismo tiempo, es un factor constitutivo de los vínculos y de los antagonismos, de las discordias; a la vez, aparecen como rasgos claros, particulares, delimitados, del trabajo del pensamiento, o bien, en eso que llamamos “las pasiones” se funden con la intensidad y la hondura de la atención, con las emociones, los sentimientos, las afecciones, las sensaciones y las percepciones de la más diversa índole. Irrumpen como un espectro de la memoria, en deslizamientos entre la figuración de lo pasado y la organización perceptiva de lo presente, de las resonancias del deseo en la fantasía de lo futuro. Los rasgos que modelan la evidencia de lo pasional son a veces sutiles, a veces inducen estremecimientos o emociones absorbentes, paralizantes: el dolor y

el placer extremos, el pánico o el asombro, la crispación o el pasmo ante lo sublime, el proceso complejo del sufrimiento, la confusión o los arrobos de la creencia, las emociones delirantes de la soberbia. Involucra facetas del comportamiento rotundas y erráticas, reiterativas y persistentes, obstinadas, pero también remite a sensaciones del orden del estremecimiento: precarias, evanescentes, fugaces. Son objeto de un trabajo deliberado, modeladas por una disciplina rigurosa o hábitos arraigados, cultivados y alentados deliberadamente, como la arrogancia, o bien resultado de un impulso incontrolable, capaz de irrumpir más allá de toda voluntad y vocación de control, como la culpa. Su origen parece remitir a la experiencia inmediata, a ocasiones y causas reconocibles, a objetos y fuentes nombrables, como la admiración, o bien surgir de tiempos primordiales, de zonas intemporales de la experiencia, derivar de impulsos originarios y potencias inherentes a la existencia, como la expectativa o la ansiedad ante el futuro. En ocasiones plenamente reconocibles, asumidas como un conjunto de sensaciones, percepciones, emociones identificables, incluso clasificables, jerarquizables; pero también desplegada como una fusión turbia de afectos, sin bordes, sin fisonomía, un movimiento sin contornos y sin figura, un puro desbordamiento de fuerzas de origen indiferenciado e imposible de situar. Desde una aproximación contemporánea, no ajena a las exigencias de conceptualización estricta y rigurosa de la filosofía analítica, Hacker no puede sino inscribir en el sentido de lo pasional un conjunto casi indeterminado de atributos y determinaciones. Escribe:

Es más fructífero e iluminador emplear la palabra “pasiones” como un término cuasi-técnico para subsumir en él los apetitos (hambre, sed, deseos, adicciones); deseos sentidos [*felt desires*] tales como urgencias, apetitos e impulsos; algunas obsesiones (emociones obsesivas y obsesiones compulsivas); y las afecciones (agitaciones, humores, emociones) de un ser viviente (Hacker, 2018:5).

La propuesta de Hacker revela la amplitud sintética del término, capaz de articular dimensiones heterogéneas e incluso discordantes

de la experiencia y señalar modos del comportamiento que involucran capacidades, disposiciones, facultades disyuntivas. Involucra la conjugación de tensiones que ocurren entre sensaciones derivadas de las necesidades y las urgencias, también las agitaciones afectivas surgidas de las fantasmagorías del deseo, impulsos irrefrenables y tiránicos que derivan en acciones singulares o hábitos; las pasiones aluden a sensaciones emanadas de los distintos sentidos o a modos de “sensación” surgidas en el “interior” de la subjetividad, pero sin localización corporal (“sensación de tristeza o de alegría, sensación de bienestar o de malestar, de incertidumbre o de seguridad”); son pasiones que conllevan disposiciones anímicas, respuestas psíquicas o corporales inherentes al desempeño biológico, a la integridad “funcional” del organismo o a modos de comprensión y de atribución de sentido a experiencias vividas. Las respuestas pasionales, sin embargo, no sólo emanan de las condiciones mismas de la subjetividad, sino que “responden”, de forma privilegiada, a la incidencia afectiva de acciones de los otros, o modos de ocurrir de la vida colectiva o del entorno de fenómenos del mundo. Se apegan a los patrones de asimilación cultural, o bien, desbordan y violentan las pretensiones de la regulación social; se despliegan como respuestas de carácter necesario a situaciones identificables, o bien como series de acciones desencadenadas en estremecimientos caprichosos.

Las pasiones ponen en juego el espectro de las capacidades del alma, de las facultades del conocimiento, de las disposiciones anímicas; bosqueja repertorios mutables de acciones marcadas con intensidades diferenciadas, algunas experimentadas de manera pasiva, otras de manera autorreflexiva, otras derivadas de la incidencia de la aprehensión racional sobre las acciones mecánicas, instintivas, inconscientes e irreflexivas. Asimismo, la percepción de la intensidad pasional parece responder a desplazamientos o fijeza de la atención, a la permanencia o evanescencia de las representaciones y a la obstinación de las rutinas; o bien, a la disipación de las percepciones, a la vacuidad o la indefinición de las sensaciones, a la volatilidad de las figuras reconocibles o a la irrupción de memorias irrecuperables en la integración de la propia historia, de la propia identidad. Las

pasiones suponen, o bien una aparente autonomía de su expresión verbal, corporal, espacial –la aprehensión reflexiva del amor como inconmensurable con las palabras, o extraño a los gestos que parecen asociados a ella, o también un asombro para el que no se encuentra correspondencia alguna con palabras o signos– o bien una alianza constitutiva con los diversos recursos expresivos de los vínculos comunicativos y las pautas colectivas de creación y de reconocimiento de las identidades –un odio o una furia que sólo es reconocible en el momento de su expresión verbal o de su traslación a las formaciones gestuales–. Su irrupción no es ajena a los tiempos, composiciones o movimientos del sueño, capaz de suscitar emociones, sentimientos o afecciones de fuentes arcaicas, a las figuraciones y exaltaciones de la fantasía, a los delirios o impulsos petrificados de la creencia y del fanatismo, a los apegos que irrumpen sin origen reconocible, fervores indescifrables, los espejismos y los extravíos de la fe, las fantasmagorías en los linderos de la locura, los arrebatos del vacío extático. No obstante, las pasiones tienen también apariciones menos exultantes, más apagadas, que se funden y se mimetizan con el desempeño del pensamiento o de los hábitos consolidados, la experiencia contradictoria de las “pasiones rutinarias”.¹

Hume, por añadidura, había sostenido que no hay conocimiento sin el concurso esencial de la pasión, y que ésta no es necesariamente un factor en el extravío del conocimiento y el predominio de las figuraciones extravagantes. Las pasiones participarían asimismo de un impulso afirmativo que determina la necesidad o la búsqueda de la cognición, la perseverancia o las disciplinas de la creación, la potencialidad de la invención, la firmeza de la generosidad y la fortaleza que reclama la trama compleja de los vínculos humanos. Las pasiones acompañan no sólo los vínculos conflictivos, los delirios amorosos y las rupturas o derrumbes de la transgresión, también los compromisos imperativos de la solidaridad, las pautas degradantes

¹ Hume había advertido ya el devenir imperceptible de las pasiones una vez que se transforman en rutina: “una vez que la pasión se ha convertido en un principio de acción establecido, no produce habitualmente ninguna agitación sensible” (Hume, 2011:268).

de la traición, los desbordamientos de la generosidad y la bajeza extrema de la crueldad, los gozos abismales de la purificación o las formas aberrantes de la abyección.

La calidad heterogénea, abierta, casi inabarcable de las “expresiones pasionales” conjuga dimensiones materiales, simbólicas y corporales. Las pasiones se expresan con materias distintas —sonidos, gestos, figuras, texturas, colores, formas—, incorporan signos derivados de distintos sistemas simbólicos con regímenes y sintaxis propias; se despliegan mediante actos corporales conformados por la tradición, por las instituciones, por las formaciones colectivas, por las disciplinas, por los patrones y situaciones de interacción, pero también por la capacidad creadora inherente al desempeño simbólico, y a su derrumbe —a la irrupción del acontecimiento como formación perceptual y afectiva extraña a toda conceptualización y nominación previa—. Las *expresiones pasionales* llevan la marca de los tiempos, los *tempos*, los ritmos, los acentos y tensiones relativas a sus afecciones originales.² Las variedades expresivas de la pasión se despliegan en los actos de lenguaje; es a partir de las estructuras y las acciones que rigen la creación de significación, como las pasiones exhiben un juego también múltiple: por una parte, la conformación y modulación de la materia de la significación; por la otra, la realización consciente y autorreflexiva de las expresiones y las acciones pasionales. Pero más allá de las formas propiamente lingüísticas y narrativas, las pasiones se despliegan a partir de todo el espectro de materias potencialmente dispuestas a integrar los procesos de construcción de sentido. Invertir a la experiencia pasional como el desenlace de un proceso de sentido.

Así, la “expresión pasional” apela a todo el espectro de materias para conformar el sentido de las acciones pasionales: la materia sonora, es decir, el modo de organizarse de la sonoridad del lenguaje; la materia corporal, como sustrato del cuerpo como objeto dotado de

² Es posible comprender las afecciones originales menos como un punto de partida originario como una afección “desencadenante” de una tensión, de una potencialidad afectiva, que más tarde habrá de realizarse, habrá de acontecer como una “expresión pasional”, a su vez inscrita en una cadena causal de otra potencialidad afectiva, en una serie abierta, inacabada.

sentido y creador de sentido, a partir de la modelación disciplinaria de los esquematismos y los movimientos corporales, a partir de su gestualidad; pero también los objetos, los materiales naturales, se ofrecen a la mirada como un despliegue en el espacio de formas, colores, líneas; los rasgos de aspereza, temperatura, figura, movimiento de los objetos, punto de referencia de las cualidades táctiles de los objetos; la integración variable de texturas y sabores que asumen un sentido singular en las prácticas del gusto. Todo este repertorio revela una fuerza de engendramiento pasional inherente a las diversas calidades de la pura materia expresiva. Pero la materia asume por sí misma una capacidad de engendrar una “significación pasional”, sus calidades intervienen y se componen de manera singular, potencial y convencional para el juego deliberado de la significación. La materia realiza por sí misma una gama de potencialidades expresivas que modulan la orientación pasional de la expresión. La expresión pasional en sí misma supone así una orientación, un sentido y una afectividad propias. Pero la materia por sí misma no basta para modelar integralmente la realización de la potencia pasional: tiene que inscribirse en el proceso de semiosis –en la instauración del proceso de interacción que articula las expresiones pasionales– desencadenado por el impulso pasional. La pasión supone así su realización expresiva articulada en un acto de significación –lingüístico o semiótico– que no puede sino involucrar al otro, comprometerlo en un régimen dialógico. Se trata de sustentar la génesis de la composición pasional en la inscripción del diálogo; dar lugar a una situación conformada por el entorno colectivo, en un proceso de conferir significación a la propia acción pasional por su inscripción en el mundo.

Por una parte, el sentido pasional es inherente a la fuerza y a los distintos momentos que conforman el acto del lenguaje, decir-significar en condiciones de diálogo –que es incorporación del otro y sus lenguajes en mi esfera de significación, incorporación del modo de presencia del mundo en la fuerza del significar, y el acto de significar como modo de comprensión, identificación y conformación reflexiva de sí mismo–; en consecuencia, el acto de decir-significar supone una estructura intencional: decir-significar es siempre significar algo;

supone el impulso de decir algo y la realización, el desenlace de ese impulso. La realización misma del decir, del acto expresivo es, ya la realización del impulso expresivo. Concurren en el acto de decir una fuerza y un impulso pasionales: la fuerza inherente al decir, y el impulso intencional, el impulso a decir algo (a alguien, acerca de una situación que involucra el modo de darse del mundo). Supone así la incidencia moduladora del deseo, inherente a la necesidad de desplegar de manera creadora la potencia afectiva propia de la exigencia vital. Esta relación de fuerza (del decir) y el impulso (que lleva a realizar el acto expresivo mismo) del deseo sustenta la naturaleza pragmática del acto del lenguaje. El acto del lenguaje “afecta” necesariamente —engendra sensaciones, sentimientos, afección, pero también memoria, incita, dota de impulso y conforma el deseo—. Pero su incidencia en la experiencia del sujeto es multidireccional, exhibe inscripciones y sentidos múltiples.³ Da lugar a múltiples deseos o a expresiones derivadas a distintas “inscripciones” de instancias deseantes en los procesos de la subjetividad: despliega la potencia de creación de sí en una constelación de trayectos virtuales. Se propaga a espacios de muy distintas calidades, supone tensiones derivadas de modalidades del “distanciamiento” que señala una inadecuación, sentidos irreductibles entre la pasión experimentada y la pasión expresada. Nunca la pasión expresada es la “representación” de la pasión experimentada. Ambas son procesos, son regímenes de un *devenir forma* en un trayecto constitutivamente inacabado, inacabable. La “experiencia pasional” involucraría, de alguna manera, por una parte, la composición del proceso de conformar la pasión como una “formación afectiva”, que supone la incidencia en la esfe-

³ El “efecto” de la fuerza afectiva incidente (en la esfera del sujeto) del acto del lenguaje puede dar lugar a sentidos y respuestas pasionales y deseantes diversas. Esta multiplicidad deriva de una presuposición: la de la estructura segmentada de la subjetividad. Este presupuesto, que encontramos ya plenamente desarrollado por Platón —como un desarrollo de una tradición filosófica del mundo griego (Platón, 1986; Dodds, 1951; Irwin, 1995)—, reaparecerá una y otra vez en diversas tesis, con distintas presuposiciones, a lo largo de las diversas corrientes de la filosofía occidental; sin embargo, asume un giro particular, propio, en las diversas “tópicas” desarrolladas para la comprensión del aparato psíquico en la visión freudiana (véase Freud, 1923).

ra afectiva del sujeto del investimiento simbólico, de la potencialidad constructiva de los signos, de su modo de permanencia difusa, discontinua, virtual, episódica, distorsionada, en la esfera subjetiva (lo que solemos llamar “memoria” en sentido amplio), como esfera potencial de significación y como acto; por otra parte, la expresión pasional que involucra una “derivación” (no una representación) de la realización simbólica “desencadenada” por el investimiento simbólico de la “formación afectiva”. Este juego “derivativo” indeterminado e incierto sería aquello a lo que aludimos con el término “experiencia pasional”.

El *distanciamiento*, propiamente dicho, que supone “espacios” y trazos entre las “formaciones afectivas” y las expresiones pasionales tiene un efecto de diseminación: los deseos se multiplican, se ramifican, se diversifican. Asumen los contornos alegóricos de los mapas: el acto del lenguaje y su realización crean con su propio impulso su espacialidad y su capacidad de propagación. Pero también crean su propio “régimen temporal”. El acto de lenguaje afecta a quien está dirigido expresamente, pero trastoca también la comprensión y la identidad del propio enunciador, perturba o finca la fisonomía de sí mismo. Incluso incide de manera mediata, incierta, en “otros” distantes, ausentes; su efecto es “inmediato” o postergado, “espontáneo” –sin exhibir los signos de una causalidad expresa– o conformado por regulaciones reconocibles. Más aún, el acto del lenguaje y su realización inciden en la identidad y la dinámica de esas entidades virtuales, del “nosotros”, “ustedes” y ellos (los otros, ajenos, irreductiblemente distantes) de manera mediata e indeterminada al curso de un conjunto indefinido de otras reacciones, realizadas por otros sujetos ajenos al foco mismo de la expresión; modulan la temporalidad con la incidencia de lo simbólico, le imponen una forma, lo acotan con una exigencia de magnitud. Los tiempos del acto de lenguaje y su realización suponen consecuentemente el despliegue de *tempos*, de ritmos, de acentos que se integran en una “forma expresiva” que es una síntesis de fuerzas e impulsos heterogéneos. Incorporan en esta concurrencia de fuerzas y potencias heterogéneas las que surgen de la disposición y la ocurrencia del “ser afectado” (por el otro, por

los otros) de manera expresa y en presencia o en ausencia, a distancia. La capacidad de afección del acto del lenguaje tiene un destino incierto, indeterminado, derivado del “efecto de distanciamiento” –espacial y temporal–. Ese distanciamiento, su ramificación, supone trazos de fisuras en el tiempo y en el espacio. Lo que separa una *formación afectiva* de una *expresión pasional*, no es sólo la “distancia ontológica” en el juego dialógico entre las formas del lenguaje, los procesos del sujeto, los del destinatario y la incidencia de las configuraciones del entorno que ocurren en una situación específica; supone también la distancia temporal entre las distintas instancias de estos procesos. Pero distancia aquí, supone no sólo diferencia en el modo de realización de los procesos, sino también la intervención del azar asumido como una concurrencia irreconocible de fuerzas y potencias concurrentes de una virtualidad de sentidos. En el acto expresivo, el azar interviene en el curso dinámico de los patrones determinantes de la materia y la forma de los signos expresivos. Pero también se conjuga con las afecciones derivadas de la constelación de potencias derivadas de la presencia y la ausencia de las acciones potenciales de los otros. “Incidencia distante” o “incidencia diferida” del acto expresivo; incidencia atestiguable o incidencia conjetural, incidencia reconocible o incidencia inferida, supone también una magnitud esencial aunque indeterminada: la intensidad del decir, la intensidad del decir algo; indican, en el juego integral de las relaciones expresivas, la composición de intensidades.

La intensidad afectiva deriva acaso de la confluencia de tensiones entre fuerzas corporales y anímicas heterogéneas. Esta confluencia compromete los tiempos, la duración, los ritmos y la integración dinámica de la composición de la expresión. Sería posible hablar entonces de una poética de la expresión pasional como la comprensión que reclama la relación entre formación afectiva e intensidad pasional. Es la génesis de una forma expresiva que involucra una capacidad de incidir en las condiciones de la creación de sentido. La “expresión pasional” involucra por consiguiente una “figuración composicional de los signos” surgida de la intensidad pasional –el trayecto dinámico de creación, cuya transformación se expresa de

manera patente, regulada, en la incesante recreación de las latitudes y recursos expresivos de la retórica— inherente a la creación de significación. La potencia afectiva de los signos se despliega como un correlato tanto de formaciones conceptuales, como de las calidades distintas, propias de la carga emotiva de los signos, y de la potencia figurativa de deseos —expresada en la fantasía: en su conjugación de formas narrativas iterativas e incorporación incesante de evocaciones perceptuales en transformación—. La poética de expresión pasional asumiría esta “figuración composicional de los signos”, de los conceptos que integra, de las emociones, y confluencias pulsionales y de los despliegues figurales de la fantasía. Emerge quizá de una fusión de “territorios”, de modulaciones cambiantes de los procesos anímicos, surgidos de los apetitos, las inclinaciones, los humores, las emociones que comprometen en distintas proporciones y ponderaciones procesos nítidamente derivados de fuentes corporales, como el dolor, o bien de procesos de raíz incierta como el placer, o bien, de naturaleza puramente psíquica como la vanidad.

La interrogación sobre las facetas enigmáticas de las pasiones comprometen tanto las sensaciones derivadas de la experiencia de sí —los impulsos de integración del *self* y las pasiones propias del narcisismo— y del vínculo con el otro —el odio—, como la aprehensión de la participación del *self* en tramas de vínculos. Involucra los afectos suscitados por la obligatoriedad o la transgresión de la norma —la culpa, el resentimiento, la autodenigración, la vergüenza, entre otras—, o bien emociones y exaltaciones derivadas de la incorporación en procesos colectivos —las experiencias de lo exultante del proceso ritual, las fusiones en la masa, las pasiones identitarias en las fiestas comunitarias—. Supone la respuesta a situaciones claramente identificables y plenamente conscientes, como el furor ante la ofensa, o bien, afectos surgidos de complejas modalidades y destinos equívocos del vínculo, como la desilusión o la desesperanza; comprende, asimismo, impulsos enigmáticos y secuelas inquietantes de la interacción y el intercambio como el fracaso o el éxito, la exaltación yoica o la negación de sí. El espectro de las efusiones pasionales acompaña en consecuencia no sólo una tentativa de comprensión de aquello que determina u

orienta la inscripción del sujeto en el mundo y en su relación con los otros, sino también la reflexión constituida o tácita sobre el sí mismo, y los propios fundamentos y límites de esta comprensión.

De ahí, quizá, su gravitación permanente sobre el pensamiento, pero también su relevancia para afrontar el conjunto de situaciones intrínsecamente inabordables, desafiantes, derivadas de la marginación, el sometimiento, la degradación pública o íntima, la exclusión radical, en los linderos de la aniquilación. Las pasiones nombran y confieren sentido a las experiencias de radical extrañeza de aquellos sujetos que se asumen “víctimas de arrebatos pasionales”, de los naufragios anímicos más allá del control, surgidos de fuentes “no racionales”, las conductas imputadas a la intensidad pasional que desembocan en el delirio o la locura. De ahí el vértigo que acompaña una tentativa de comprensión no pasional de las pasiones, siempre bajo la sombra de las inclinaciones pasionales ante la conceptualización de las pasiones, ya sea de fuente psicológica, psiquiátrica, jurídica, médica, social o incluso política.

La expresión pasional como régimen pragmático

La pasión no es algo, sino un modo de dar nombre y sentido a una modalidad de la experiencia del devenir potencial de sí, de la realización de esta potencia en el entorno –el mundo, el otro–, de las alternativas de reconocimiento del poder afectar y poder ser afectado, de las trazas de la expresión y su duración en la densidad de la experiencia. La pasión toma su impulso del sentido del devenir ausente y presente de lo que existe, marcado y modelado por intensidades afectivas. Da nombre a ese anudamiento de facetas irreductiblemente heterogéneas; hace reconocible el impulso de un movimiento sintético –una síntesis disyuntiva– que conjuga percepciones, afecciones, sensaciones, emociones y deseos en una construcción autorreflexiva que culmina en formas de acción y de vínculo. Confiere inteligibilidad a una experiencia realizada en un juego de interacciones colectivas, que responde a situaciones sin-

gulares. Sin embargo, esta síntesis no ocurre tampoco como un desempeño excepcional, contingente, aislado. Responde a otras pasiones, a un régimen de vínculos, a la mutación incesante de las situaciones y experiencias vividas. Así, cuando se habla de pasión, se alude a una “formación” o a una “configuración pasional”. La noción de “configuración pasional” refiere a un campo de potencias e impulsos de fuentes heterogéneas, integradas en un trabajo autorreflexivo y expresivo incesante. En consecuencia, la pasión nombra una experiencia que conlleva la composición plural de diversas pasiones. Se trata de una composición iterativa: las pasiones se fusionan con otras pasiones, inciden sobre ellas, las disgregan; las pasiones intensifican o degradan otras pasiones, las trastocan, las transfiguran, las extinguen, las exacerban o las inhiben. La pasión propia incide sobre las pasiones de otros. Se apuntalan en disposiciones de la memoria y en las figuraciones narrativas del deseo. Exhiben con ello la dinámica de una síntesis disyuntiva: la composición de las fuerzas psíquicas diferenciadas –afectivas, emotivas, perceptuales, y deseantes– conserva las dinámicas propias de cada proceso anímico, pero al mismo tiempo las integra en el proceso sintético de sentido, conjugadas en una formación de naturaleza abierta, inacabada, inabarcable, carente de identidad, una composición de afecciones en devenir. Composición de sensaciones, modalidades perceptivas –exteroceptivas, interioceptivas, propioceptivas–, modalidades de la afección dispuestas en series singulares: la respuesta pasional de un sujeto exhibe una singularidad *adecuada* a la singularidad de la situación de su manifestación. La “configuración pasional” incide sobre el concepto de sí mismo, le confiere una identidad, acaso debemos a Hume la insistencia en que la composición pasional, percepciones y afecciones, exhibe el devenir identitario del sujeto;⁴ asimismo, responde a la fisonomía y la dinámica del entorno para integrarlo en una totalidad, o bien

⁴ “Cuanto más me adentro íntimamente en lo que llamo ‘mí mismo’, me encuentro con una u otra percepción de calor o frío, luz o sombra, amor u odio, dolor o placer. Nunca puedo captarme a mí mismo sin una percepción y nunca puedo observar otra cosa salvo la percepción” (Hume, 2011:165).

para fijar su atención y orientar su acción adecuadamente a las potencialidades de un objeto. Así, el sujeto no puede sino inscribirse en un “diálogo pasional” con las exigencias de la propia identidad y su adecuación a las potencias del entorno; la *configuración pasional* se expresa en acciones adecuadas a la identidad reconocible de las situaciones. Las configuraciones pasionales inciden en esas “situaciones” para acentuar, o bien para disipar las tensiones, la discordia y el impulso de disgregación de las formaciones que, del mundo del sujeto y de los otros que coexisten con él, participan de su historia. Pero estas configuraciones no ponen en juego un conjunto de afecciones puras; también participan en la articulación de las configuraciones pasionales, las capacidades plenas de la conciencia: tanto la totalidad de sus capacidades cognitivas, como las facetas de la conciencia que intervienen en la realización pragmática de las pasiones.

No obstante, la participación de las capacidades cognitivas en la realización pasional asume un sentido equívoco: las pasiones suponen la intervención simbólica, requieren ser reconocidas, nombradas, objetivadas y asumidas como propias del mismo horizonte del sujeto. Aunque de manera intrínseca la pasión reclama necesariamente el concurso de las capacidades cognitivas, ésta las excede; la pasión supone un excedente y un remanente de la pasión: un desbordamiento y una huella, un impulso inacabado y una raíz en las potencialidades subjetivas; supone una propagación de resonancias y un anclaje en las zonas abismales de la conciencia. Se expresa como una acción exorbitante a todo régimen conceptual propio de todo proceso de creación, se finca en las potencias que se expresan en las afecciones del asombro, de la sorpresa, incluso del estupor o la extrañeza. El movimiento reflexivo de la pasión acrecienta su propia potencialidad: la pasión se vuelca sobre sí misma: la conciencia de la experiencia amorosa la intensifica, la conciencia del odio la exaspera; la conciencia del placer la acentúa o transforma sus calidades, pero también en ocasiones, la conciencia del dolor la atenúa.

Hacia una reflexión contemporánea sobre las pasiones: la estela de Spinoza

Lo pasional,⁵ como señala Gregorio Kaminsky en su análisis de la reflexión spinoziana sobre las pasiones, revela dos momentos: los denomina *desencadenamientos*, que identifica el momento de su realización como acto, y su reencauzamiento que nombra el momento de un “pliegue” de la conciencia sobre el proceso de síntesis pasional:

A la vía deductiva de las pasiones la denominamos *desencadenamiento*, en términos de fuerza y de potencia. Al sometimiento necesario lo llamamos *reencauzamiento*, puesta en cauce (práctico-social) de la servidumbre o posibilidades y restricciones con respecto a las fuerzas propias y conjugadas. Desencadenamiento y reencauzamiento son los dos movimientos de un único proceso de determinación y libertad humanas (Kaminsky, 1990:26-27).

Los dos momentos exigen la formulación imaginaria de una causalidad e involucran, para sustentar “la vía deductiva” del proceso pasional, el despliegue de una acción: implica una secuela de pasión-acción; que no son sino la articulación serial de una constelación pasional. “Algo” –situación, fenómeno singular, experiencia, afecto, la aprehensión de otra pasión– suscita el *desencadenamiento* pasional. La pasión responde a la acción de un agente o la presencia, patente o imaginaria de un objeto. Pero el movimiento autorreflexivo pone en juego las disposiciones determinantes del control: reconoce el impulso y caracteriza su objeto, su destino, su finalidad. La acción autorreflexiva opera no sobre la dimensión afectiva de la pasión, sino sobre su realización pragmática. La condición de autorreflexividad y la premisa de que es la incidencia de una percepción, la irrupción de una memoria, la efusión de un pensamiento o la aprehensión de la

⁵ En esta reflexión integramos en el concepto de “lo pasional” tanto las afecciones como las pasiones que el texto spinoziano distingue nítidamente. No obstante, reservamos el concepto explícito de “pasiones tristes” para aquellas pasiones cuya incidencia sobre el ser deriva en una degradación o atenuación de potencia de creación.

insistencia de otra pasión lo que incita la respuesta pasional señala una operación designativa, la integración de un juicio capaz de sustentar la identidad reconocible de la pasión. La vía inferencial en el reconocimiento de las pasiones como hecho de sentido, como momento de la significación, propone una integración paradójica de las operaciones de la razón. Por una parte, requiere una caracterización del desempeño inferencial, lógico-argumentativo, construido a partir de una integración de premisas de muy distinta naturaleza que señalan los alcances y los límites, los linderos de lo derivable en la secuencia lógica; por la otra, remite de manera dual a un impulso originario, a una fuerza creadora primordial, pero también a una *hybris*, a una intensidad excedente, a un sentido que desborda las condiciones de la nominación: una rabia incontenible, una tristeza devastadora, una melancolía mortífera, una alegría exultante, un asombro desgarrador; suponen una naturaleza pasional que desmantela la fuerza identitaria del nombrar. El nombre se vuelve una señal, una mera indicación de esa intensidad que se despliega en una zona inaccesible de la nominación. Así, la *hybris* pasional hace patentes rasgos, magnitudes e intensidades pasionales no consideradas dentro del propio marco derivativo.

El concepto de *reencauzamiento* remite, paradójicamente, a una concurrencia de fuerzas, a una incidencia de potencias destinadas a suscitar una “modulación” conceptual y una inhibición o modelación pragmática, un control o un autocontrol de la efusión pasional. No obstante, el concepto de reencauzamiento conlleva un desenlace dual: un abatimiento de su pasión, su reducción a una esterotipia, su captura en los marcos de una doxa, o bien una proyección de las potencias pasionales al estadio de una potencia inaudita, a una nueva composición de las potencias. El reencauzamiento tiene los rostros de la tristeza y la alegría, de una afección adecuada, creadora, una potencia estética, o bien, una pasión inadecuada, mortífera, sofocante, confinada. Sin embargo, ambos destinos responden a un imperativo de la acción pasional, a las exigencias y los marcos cifrados en la cauda del deseo. El reencauzamiento, en una perspectiva afín a la formulación de Spinoza, supone así una tentativa de acotar, o bien

de ofrecer una nueva capacidad expresiva al despliegue pasional; o bien de desplegar todas las potencias de su realización expresiva, la búsqueda de un acrecentamiento de la potencia vital; o bien privar a las expresión pasional de toda su imaginación fértil. En ambos casos, designa una realización expresiva de una potencia inherente al existir. Compromete cuerpo y alma en su integración, en su *juego* de reciprocidades.

Sin embargo, en lo que parece darse como una paradoja, el *desencadenamiento* pasional no remite a la génesis ni al origen de una pasión. La noción de causalidad se refiere a un modo de conformación de una forma serial, al impulso de creación inherente a la composición del proceso pasional en el que cada entidad de la serie es un acontecimiento, una singularidad. Lo que vincula una singularidad con otra es una relación peculiar, una asociación, en los términos de Hume. Una expresión pasional sucede a otra, se conjugan, se combinan, se concatenan, se disponen en series, se encabalgan. Esta dinámica de las expresiones pasionales revela un impulso primordial, un sustrato ontológico: el deseo, el *conatus*. Su expresión es un acto, su condición es una adecuación. El acto no se adecua al objeto, sino al deseo y a su finalidad implícita que no es la satisfacción, sino la intensificación del propio deseo –cuya sensación es la de una creciente fuerza vital. La noción de *conatus*, incorporada en esta reflexión originalmente por Hobbes como un acercamiento a la calidad constitutiva del movimiento,⁶ será recogida y reformulada por Spinoza, acotada por sus marcos teológicos y ontológicos. El esfuerzo [*conatus*] –entendido como potencia– se asume entonces como esencia de lo que es: “Cada cosa se esfuerza, cuanto está en ella, por perseverar en su ser” (Spinoza, 2011:112), que remiten de manera esencial a la naturaleza divina entendida como potencia de creación, potencia de acción y de realización, deseo de acrecentar su propia potencia. Deseo y pasión revelan así una correspondencia

⁶ “Definimos el conato como el movimiento por un espacio y un tiempo menor que el dado, esto es, menor que el que se determina o se asigna por la exposición o por el número, esto es, por un punto” (Hobbes, 2000:168).

íntima, inextricable y compleja. La concepción spinoziana de deseo revela su naturaleza dinámica bajo una condición paradójica: asumir el ser como deseo de perseverancia, cuyo objeto no es otro que una identidad asumida como potencia, que no es otra que la mutación: poner en juego de manera infatigable el impulso ininterrumpido de creación, la potencia misma de lo divino. Ser es creación, mutación, negación de la identidad y asunción plena de la duración asumida como invariancia. La noción spinoziana de “esfuerzo” (*conatus*) remite a la potencia de creación: implica un momento primordial, la génesis de la potencia. La fórmula ontológica cifrada en una identidad asumida como potencia destinada a crear (acrecentar) la potencia, no deja de alentar un juego paradójico que se expresa en una fórmula sintética, inquietante: la potencia asume como destino acrecentar la perfección. Más aún, en la concepción spinoziana ese impulso, en consonancia con la esencia de lo divino —la perfección no puede sino nombrar el atributo propio de la divinidad—, no puede engendrar en su realización otra cosa que el afecto primordial: la alegría. Deseo, la fuerza inherente a la perseverancia: expresada como alegría y como su afecto complementario, la tristeza, aparecen como esa fuente de la que deriva toda experiencia posible. Escribe Kaminsky:

La alegría es la “reverberación” correspondiente al pasaje o tránsito expansivo que experimentamos cuando la potencia de vida se encuentra acrecentada por los cambios que ella misma experimenta.

La tristeza es la “depresión” que experimentamos cuando nuestra potencia de vida se encuentra disminuida, cuando otros seres o causas *exteriores* (cursivas mías) incognoscibles condicionan hacia un estrechamiento o retracción a nuestro propio ser (Kaminsky, 1990:50).

El modo de darse de la experiencia vital se inscribe entre la tensión de alegría y tristeza como expresiones afectivas cardinales, como polo pasional que señala los linderos del deseo. Así, la alegría aparece como un signo de un destino virtual, derivado de una aprehensión racional de la proximidad creciente a la perfección. Una condición incalificable, más allá incluso de la imaginación, para

la que no hay significación ni referencia adecuada. El sentimiento de “proximidad a la percepción”, como un movimiento de sí mismo capaz de orientar los propios actos, no puede sino darse en una construcción conjetural de la verdad. La figura paradójica de la naturaleza imaginaria de la acción adecuada se instaura como eje de todo régimen ético, a partir del movimiento reflexivo de la experiencia. La aprehensión de sí mismo en el trayecto de su propio ascenso a la perfección se transforma en una expresión que invoca el éxtasis místico. Se trata de una fórmula inasequible para la conciencia: una figuración para la que no hay acción racional adecuada, pero que, aparece como un horizonte fraguado en la fantasmagoría del deseo. Responde, necesariamente, a la intervención de lo imaginario. Lo imaginario no puede sino articular la inscripción del cuerpo, del *juego corporal* en la conformación de la esfera pasional. El juego corporal no puede sino inscribir en la propia corporalidad la huella de otros actos, de los actos de los otros, surgidos de otra esfera, más allá de los linderos del sí mismo. La huella de los actos de otros en el propio cuerpo asume una intensidad cuya significación no puede ser sino conjetural, irreductible a todo régimen conceptual propio. La dimensión constituida por la constelación de los actos extrínsecos es inabarcable, imposible de circunscribir en las latitudes de una significación reconocible, nombrable; desborda la posibilidad de una respuesta adecuada. En la mirada de Spinoza, la imaginación, el impulso de los pensamientos inadecuados, se distancia de la falsedad. La imaginación se conjuga con el inacabamiento del deseo, con el impulso extraño a toda culminación. Su vocación es devenir al inscribirse en la esfera de las acciones múltiples y heterogéneas, inabarcables, de los otros; la mutación incesante en la búsqueda de la verdad. La relación entre deseo y pasión da lugar a una disposición al acontecer que, a un mismo tiempo, asume una causalidad y la desmiente.

La aparición de una pasión vivida, es decir, reconocida como tal —saberse enamorado, saberse triste, saberse arrastrado por la rabia o el odio—, afirmada en la incesante conformación de la identidad de sí, no puede darse sin un saber sobre el sentido de las accio-

nes de los otros, la aprehensión integral del sentido de las acciones colectivas desplegadas en una esfera sin bordes, sin posibilidad de revelarse como una totalidad aprehensible. El movimiento reflexivo involucrado en la aprehensión del acrecentamiento de la perfección es la condición primera de la pasión, experimentado como un afecto: la alegría fincada sobre la conjugación de la propia acción con el impulso pasional de los otros. Una condición específica define el curso de la serie del acontecer pasional: la incidencia duradera de una acción, la presencia de un agente cuya acción responde a la propia disposición pasional, se orienta hacia las propias potencias. Pero esa presencia del agente no puede darse sin la experiencia de la ausencia, no como una falta, sino como una intensificación de la experiencia pasional. La ausencia expresa la dimensión ambivalente de la experiencia pasional. Esa ambivalencia adviene de la fusión de odio y amor, de dolor y placer, de su coalescencia en un complejo pasional indiferenciado, inextricable. La intensificación pasional, se manifiesta al mismo tiempo, como fuente de dolor, de rechazo, de odio y como realización plena, patente, irreductible de la evidencia pasional, como promesa y realización imaginativa de la alegría.

La condición necesariamente ambivalente de la experiencia pasional derivada de la ausencia reconocible del otro, del actuar del otro y de la expresión pasional del otro remite a un devenir incesante de la pasión. La duración del impulso pasional se confunde con la persistencia de la vida. La extinción del impulso pasional tiene un nombre enigmático: la muerte. Pero remite a una condición devastadora de la experiencia: el olvido, que no es sino la extinción de la huella capaz de incitar el movimiento evocativo de la pasión. El olvido radical constituye acaso la prefiguración dolorosa, la experiencia pasional de la muerte. El momento imaginario del origen de la pasión —el momento no-pasional de la pasión no puede sino confundirse con lo inerte, con la “felicidad de las piedras” (Camus)—, sensación o emoción paradójica que no puede ser sino la imaginación de lo inimaginable, la imaginación de la extinción de lo imaginable mismo. El olvido pleno, absoluto, revela la fuerza pasional de la extinción imaginaria de la pasión —acaso esta posibilidad de la expe-

riencia se expresa en el sentido trágico que identifica a la pérdida de la memoria, al Alzheimer, y a la muerte.

Olvido y pasión conforman una trama de interferencias. El olvido no suspende el impulso pasional ni su disposición, pero lo lleva a un límite. Abate su fuerza de creación. Lo transfigura a tal punto que puede invertir su polaridad: de una pasión alegre y exultante, puede surgir, por la incidencia perturbadora del olvido, una pasión triste, degradante, devastadora. Por el contrario, las pasiones tristes pueden, a su vez, revertirse, experimentar drásticas metamorfosis, dar cabida a una disposición abierta a la creación, al acontecer. El olvido acentúa los relieves de la ausencia —de la ausencia del otro, de la ausencia del objeto pasional, de la ausencia, la vacuidad o el velo de las determinaciones (instituciones, ordenamientos, regímenes normativos, formas sociales de la obligatoriedad)—. Ahonda las fisuras que separan la experiencia de la pasión, de las modalidades y los juegos reflexivos de la expresión pasional. La extrañeza entre la experiencia del amor y su realización expresiva se ahonda. Se sofocan o se exacerbaban las intensidades pasionales.

Es patente que la pasión asume toda su relevancia ética a partir de la conjugación de sus propias intensidades: la intensidad de la pasión vivida y la intensidad inherente a la expresión pasional. La relevancia de las intensidades pasionales emerge ya en los diálogos platónicos y constituye uno de los elementos centrales en la ética aristotélica. Pero las intensidades, características de la fuerza expansiva de la expresión pasional, aparecen nítidamente vinculadas con las modalidades de la ausencia.

Al analizar los planteamientos de Spinoza respecto de la intensidad, Kaminsky recobra del texto de la *Ética* una consideración fundamental que vincula la intensidad y la ausencia. La modalidad singular de la ausencia de lo pasado y lo futuro cuya aparición tiene la consistencia elusiva, evanescente y equívoca de lo imaginado, que funde memoria y deseo en una figuración vaga e incorpórea. Esta presencia ausente o ausencia presente de las resonancias emanadas de las huellas de lo vivido, real o discursivamente, suscita una experiencia pasional propia, aunque su intensidad se vea atenuada. Por

el contrario, la acción patente, vivida en cuerpo propio, en la confrontación de presencias y de acciones experimentadas y marcadas en huellas corporales despertará pasiones cuyas intensidades ocurren en magnitudes considerables. Escribe Spinoza: “la imagen de una cosa futura o pretérita, esto es, de una cosa que consideramos en relación al tiempo futuro o pretérito, excluido el presente, es más débil, siendo iguales las demás circunstancias, que la imagen de una cosa presente” (Spinoza, 2011:188).

La acotación sobre la igualdad de condiciones no es desdeñable. Es patente que la evocación de un objeto ausente, perdido, la anticipación de una reparación postergada, la restauración de la escenificación nostálgica de un episodio crucial de la vida, en condiciones de intensificación del deseo y la composición ficcional de la fantasía, puede suscitar afectos de una intensidad desbordante. Algo similar puede ocurrir ante la expectativa de una llegada, de un acontecer, ante la realización de una fantasía o una utopía surgida de los horizontes de la vida. La intensidad afectiva puede desbordar notoriamente la suscitada por una presencia tangible, integrada en los patrones habituales de la vida cotidiana. No obstante, Kaminsky introduce un matiz crucial en la ponderación de las pasiones de la ausencia: la consideración sobre las calidades de la experiencia del tiempo, las continuidades o discontinuidades de la duración, la convergencia o divergencia de los procesos, la integración de series de acontecimientos y actos expresivos que conforman el entorno; la experiencia de la temporalidad integra, por consiguiente, los desiguales desempeños y las imaginaciones de la memoria, los pliegues de la fantasía –arraigada en las huellas de lo vivido y en las secuencias indescifrables de la reminiscencia, pero también en las proyecciones del pasado sobre lo por venir–, las interferencias de las escenificaciones apuntaladas en las situaciones y atmósferas institucionales. La ausencia se revela en estricta relación no sólo con la temporalidad, sino con la finitud. En Spinoza la finitud deriva de la incidencia de lo extrínseco dotado de una fuerza de disgregación, de una potencialidad de engendrar el abatimiento de la cohesión del ser y de su fuerza vital; la finitud, que asume una representación capaz de abatir las intensidades afectivas,

o de exacerbar las pasiones tristes; puede cobrar alcances cruciales: la creación inusitada, incalificable de vida, o bien, la precipitación en las atmósferas figurativas y vitales de la desaparición —la desaparición propia o la de los otros, del entorno, del mundo mismo— con las magnitudes declinantes o ascendentes de la fuerza, o con la fatalidad de la desaparición. Más allá de la distinción entre lo ausente, pasado o futuro, y los modos de ocurrir de lo presente —lejanía o cercanía, disponibilidad, inaccesibilidad, familiaridad o extrañeza, lo asombroso, lo exorbitante, lo intolerable, los estremecimientos de lo sublime—, aparecen las modalidades de la urgencia, lo inminente, las expresiones de ritmo —como patrones de integración de las intensidades— y de *tempo* acompañadas por las marcas de su adecuación, es decir, aquellas que remiten a su capacidad de suscitar alegría o tristeza, placer o dolor; capaces, por consiguiente, de acrecentar o sofocar el progreso hacia la perfección, hacia el estado inimaginable de potencia plena. El tiempo se enlaza también con las modalidades de necesidad o posibilidad, de ineludible o contingente, de obligatorio o facultativo, pero también de deseable o indeseable. Todas las modalidades enlazan la temporalidad, la finitud, la infinitud, la indeterminación, la génesis o la extinción, la emergencia y la desaparición. Las modalidades involucran también las intensidades relativas a la ausencia en la medida en que involucran la incidencia constructiva de la imaginación. Las intensidades tanto de la pasión vivida como de la expresión pasional responden a la urgencia o la posibilidad de postergación de la respuesta. Temporalidad y modalidad concurren para modular la intensidad de las expresiones pasionales.

Kaminsky apunta los correlatos entre las modalidades de la ausencia y la experiencia de intensidad formulados desde la perspectiva de Spinoza. Pero la ausencia no sólo se sustenta por una expresión simbólica: la ausencia aparece o no con el signo de la potencia, de la posibilidad, de una disposición del sujeto ante una realización anticipable.

Las cosas imaginadas como necesarias son más intensas que las imaginadas como posibles o contingentes.

Las cosas posibles, es decir, no existentes al presente, son más intensas que las contingentes. [...]

Las cosas contingentes, que no existen en el presente, introducen afectos menos intensos que los afectos por cosas pasadas (Kaminsky, 1990:134).

La diferencia de intensidades, que Kaminsky nombra “modos intensivos” son esas calidades de la pasión que “permiten un anclaje decisivo en la forma y la constitución de los deseos emergentes, del conocimiento verdadero de lo bueno y lo malo, de la alegría y la tristeza, de sentimientos más fuertes y violentos” (Kaminsky, 1990:135).

Esas calidades suponen las marcas, los rasgos y las cualidades inscritas en la experiencia derivadas de la intensidad afectiva con la que incide el vínculo con otros cuerpos, objetos y situaciones. Quizá los modos intensivos deben sus magnitudes relativas al modo de intervención del deseo —el deseo asumido como una composición de las estructuras y el devenir de los modos de incidencia afectiva de los objetos de placer-displacer-dolor en las estructuras temporales de la experiencia; así el deseo se entiende no como una estructura articulada a partir de una falta, sino como un proceso que supone acontecer en la constitución del sujeto (coalescencia de representación en la memoria de un objeto reconocible como fuente de placer, dolor o de dolor-placer, integración de la reminiscencia, una constelación de potencias afectivas, y una disposición de materias expresivas heterogéneas para la realización narrativa de las formas del deseo)—. La magnitud intensiva de la incidencia del deseo involucra su fuerza de implantación, su duración y la modulación y las contingencias de la intensidad afectiva. La conjugación entre estas modalidades intensivas de la pasión, la ocurrencia y devenir de los procesos deseantes y las operaciones del reencauzamiento pasional tienen un modo de expresión extraordinariamente relevante: la realización estética, que se exhibe en todo fenómeno singular de creación de sentido.

No hay creación sin intervención de una composición pasional. Una pasión inesencial y, con frecuencia, parcial, errática, ineficaz

en su vocación para enmarcar la conducta del sujeto. La pasión se caracteriza, casi intrínsecamente, por señalar los linderos de la capacidad de control amparada en procesos racionales, y hacer patente la relevancia vital de un afuera del control racional, un control permanentemente desplazado, anulado por la perseverancia de la pasión. Una intensidad imposible de contrarrestar. La pasión se presenta paradójicamente como una fuerza dual: interior al sujeto, capaz incluso de constituirse en su fisonomía propia —estamos modelados por nuestras pasiones, nuestras pasiones son las que definen nuestro rostro y nuestro destino, se suele pensar—; íntimas, internas, surgidas del ojo primordial del alma, pero también aquello que emerge desde la periferia de la razón, sin ser propiamente una sin-razón (Kaminsky, 1990:26) —aunque insistentemente se concibe a la pasión o a alguna de sus expresiones como manifestaciones de la locura—. Este carácter periférico de la pasión ha llevado con frecuencia a acentuar la alianza entre la pasión y lo imaginario (en la perspectiva de Spinoza, el modo de darse de las ideas inadecuadas), y la pasión con las formaciones de lo inconsciente. No obstante, esta alianza entre la pasión y lo inconsciente en las expresiones pasionales impregnan todos los recodos de lo psíquico; la pasión impregna, satura, fija los marcos del desempeño de la conciencia, pero marca también los resortes de la coerción moral, del imperativo categórico, del superyó. La pasión participa de todas las instancias que constituyen lo psíquico. La pasión no escapa radicalmente a su aprehensión consciente; incluso, se muestra como capaz de adecuarse a la intervención rectora de los recursos de la racionalidad. Interviene e interfiere en todo régimen de acción y las condiciones constitutivas de la intersubjetividad —régimen de acción recíproca, sustentado sobre desplazamiento de intensidades pasionales—, que no pueden ser extrañas, en instante alguno, a las exigencias de la intervención pasional. Fusiona, sin embargo, modalidades de lo irreductible a los alcances de la conciencia. La dimensión pasional señala condiciones primordiales del existir, define los modos de la comprensión y todos los sentidos derivados de la capacidad de incidir del sujeto en el mundo, pero que derivan intrínsecamente de

las condiciones primordiales del vínculo con el otro, que no puede estar marcada sino por los perfiles de la disposición pasional que se expresa en la dinámica del vínculo.

Transfiguraciones pasionales: dialógica del juego pasional

Más allá de investir toda faceta de la existencia, la pasión se expresa, de forma privilegiada, con un sentido determinante y una intensidad capaz de trazar por sí sola los horizontes del territorio de la experiencia, en el vínculo. Emerge y pulsa, se nutre de la fuerza engendrada en esa inscripción en los intersticios que conjugan y separan nuestro diálogo con los otros. Esta condición intersticial de la pasión en las zonas de oscuridad que alimentan la relación entre los sujetos donde se fractura la ilusión especular entre sujetos, se hace patente su raíz inasequible y ahí se implanta sobre todo la intensidad pasional. Las pasiones asumen una fuerza paradójica: la intensidad de los vínculos no se acrecienta con la fuerza pasional; la intensidad de las pasiones degrada facetas del vínculo mientras estrecha e intensifica otras hasta el paroxismo. Las pasiones revelan una de sus facetas más inquietantes en su intervención en la implantación de los vínculos entre sujetos: su alianza con el silencio, con la opacidad, con la incomunicabilidad. Las pasiones surgen con la experiencia misma de los linderos de la palabra. Las pasiones no pueden sino expresarse en las formas oblicuas del lenguaje, se apuntalan en las aristas y los pliegues del sentido alentados por la retórica. Señalan los bordes del nombrar, las facetas irreductibles a fuerza indicativa de los nombres o a la síntesis denominativa de los verbos. Revelan la fuerza inherente a la relaciones del lenguaje con su entorno: el diálogo entre lo inconmensurable del devenir sujeto y el devenir de la figuración del entorno. La paradoja de la expresión pasional del otro es que es a un tiempo opaca, impenetrable, equívoca o incierta, pero también “contagiosa”, capaz de suscitar empatías, identificaciones, alianzas, fusiones afectivas. La pasión supone una multiplicidad de acercamientos, de aprehensiones, de reconocimientos que van desde una

observación marcada por la extrañeza, la incompreensión, la distancia, incluso la hostilidad y la repulsión, hasta una profunda alianza, una identificación, una fusión: las formas de la piedad y la fraternidad, la solidaridad y la compenetración íntima, el espectro de las realizaciones del amor.

El vínculo entre los sujetos no puede sino comprometer sus cuerpos: el cuerpo como régimen de otredad. El cuerpo propio y el cuerpo ajeno, ambos cuerpos percibidos y cuerpos inteligibles en su calidad de modos de existencia de esa otra subjetividad como condición constitutiva de la conciencia, de toda conciencia. Pero los cuerpos no existen sino en acto, desplegando una fuerza que incide sobre la existencia de su entorno, sobre los otros. Esa incidencia no puede ser sino orientada desde la significación. Los cuerpos son materia de significación y su fuerza no es sino el régimen expresivo que fundamenta toda inteligibilidad. Se trata del fundamento pasional de la significación.

Hume vislumbró parcialmente esta calidad fundamental de lo pasional: su incidencia integral en el dominio de lo humano, pero acaso su modo de integración, la relación de fundamento con la significación en el actuar, permaneció irreductible a la aproximación conceptual y puso en evidencia su plena inscripción en los juegos de la imaginación.

No hay sino cuerpos en acto, inscrito en un régimen de sentido que no puede ser otro que la orientación afectiva hacia la realización de la propia existencia, la cual surge de la relación dialógica entre los cuerpos. Reconozco al otro y me reconozco en el otro a través de la opacidad de su cuerpo y la radical inaccesibilidad de un sentido unívoco de su actuar, pero esta opacidad de los cuerpos y esa radical extrañeza de todas las dimensiones de significación que atañen a su acción revelan también una trama: la existencia como régimen de fuerzas orientada al despliegue pasional de los vínculos. Es posible así comprender el vínculo constitutivo de la dimensión pasional con lo político. La forma de esta dimensión pasional es un campo abierto, un campo de fuerzas cuya significación se ofrece como una constelación de posibilidades, como la construcción

de un espacio donde la experiencia no es sino una realización de potencias.

El espectro de potencias que se expresa en la corporalidad, tanto en su opacidad como en su fuerza expresiva, en su disponibilidad constitutiva al vínculo con el otro, su apertura a la creación incesante de significación, es el impulso constitutivo de la experiencia. La pasión es capaz de orientarse al régimen de creación de significaciones, a una invención permanente de lo posible. Pasión y capacidad de imaginación, capacidad de expresión ficcional, están en el fundamento del vínculo, en la necesidad de instaurar un régimen de acción con el otro, siempre en este impulso de apertura hacia la creación de nuevas significaciones, que no es otra que la creación de una esfera ampliada de la existencia, como régimen colectivo.

Así, las pasiones invisten esa corporalidad en acto, ese cuerpo que emerge de las determinaciones del vínculo como posibilidad de expresión de la invención potencial de sentido. La creación está vinculada al diálogo corporal como modo de concreción de la aprehensión imaginaria, dialógica, desde la que he asumido el cuerpo propio. La multiplicidad de las facetas, las calidades y las modalidades de la pasión sólo pueden encontrar su correspondencia con su omnipresencia, en las incontables gamas de la experiencia, en la inabarcable configuración de las condiciones para la irrupción de la pasión que surge súbitamente como la huella de una perturbación anímica o una disposición a la fascinación, un derrumbe ante el vértigo o a las figuras de la conmoción catastrófica o de la exaltación. En todos los casos, la experiencia de la pasión involucra una opacidad de sentido: la pasión pone en juego un régimen en apariencia paradójico. La creación de significación, la posibilidad de creación potencial de “lo nuevo”, surge de los límites del cuerpo, de la extenuación o de la finitud de la potencia del actuar. La expresión de la pasión no puede ser sino el despliegue de evidencias de su propia finitud.

Desde esta finitud del cuerpo, de esta finitud de los vínculos, pero también desde la evidencia de su propia finitud, es posible aprehender la potencialidad inabarcable del régimen de acciones colectivas, es decir, la forma de lo político. El dominio abierto de la experiencia no

es sino el modo de darse del carácter abierto e inacabado del mundo, que no se arraiga sino en la composición de la fuerza pasional.

La pasión supone un desplegarse de una figura de su objeto en el dominio de la conciencia. El objeto de la pasión –que puede ser a su vez un sujeto, otro, un rasgo de ese sujeto, o incluso una acción o una actitud (una disposición asumida deliberadamente ante la potencial realización de una potencia)– y, con ello, también la emergencia concomitante de una efusión afectiva. No obstante, el impulso pragmático inherente a esa composición pasional carece de régimen imperativo alguno. La pasión se expresa en un abanico de acciones potencialmente erráticas no sólo en valor, en finalidad, en carácter o en intensidad. Se presenta así como una fuente de acción inadecuada a la finalidad primordial de toda acción pasional relevante: el acrecentamiento de la potencia de creación. Esta condición asume un carácter paradójico: es precisamente su naturaleza abierta, indiferenciada, su orientación indefinida y potencialmente inagotable lo que revela su inadecuación para la realización creadora. Esa apertura infinita, esa disposición inabarcable de las orientaciones posibles de la acción pasional revelan una imposibilidad, un límite de la capacidad humana para la orientación adecuada de su propio actuar. Para Kaminsky, desde la perspectiva de Spinoza, “los hombres se esfuerzan por ‘recubrir’ la limitación de sus fuerzas ya sea con un ‘revestimiento imaginario’, o abusando de las fuerzas del entendimiento como son las ideas de ciertos universales humanos, generalizadores, modelos naturales o artificiales de perfección, de Bien, de un hombre superdotado, etc.” (Kaminsky, 1990:124).

La capacidad de formulación ficcional, los recursos extremos de la retórica o las facultades de la imaginación se repliegan sobre los límites reconocibles del sujeto. Es el sujeto asumido como *self*, como el sí mismo surgido de lo imaginario, quien se revela incapaz para orientar adecuadamente la acción a la exigencia de su deseo. Esta fuente de extravío abre la vía para la confrontación destructiva de las pasiones. Las pasiones tristes, las que conllevan la degradación de la potencialidad de creación de sentido, se expresan en un impulso para poner a la luz la vocación de sometimiento. Es preciso entonces instaurar, en el jue-

go pasional, el pliegue de las pasiones, ese revestimiento imaginario, ese exceso al que se arrastra al entendimiento ante la experiencia de su finitud. El sentido de la finitud aparece como un punto de confluencia y de disipación de las pasiones; pone en juego la gama de las intensidades afectivas, despliega su gradación creciente o decreciente. Pero el sentido de la finitud es también la revelación de la invencible inadecuación de los impulsos del entendimiento, su vocación y su voluntad insatisfechas. El deseo se revela no por la perseverancia infinita de las acciones orientadas a la búsqueda de la perfección –a la alegría, al bien, a la realización expresiva de la potencia acrecentada–, sino por el esfuerzo incalculable desplegado ante la incertidumbre de los umbrales, la vislumbre de la finitud revelada en la irrupción de las pasiones tristes en la experiencia del sujeto.

La pasión reclama así un recurso para orientar de manera relevante, para conformarse adecuadamente al sentido de su deseo genuino que no puede ser sino la génesis de una nueva significación, otro mundo y otro espectro potencial de la configuración de los afectos. Ese recurso, Kaminsky subraya, es el reencauzamiento que orienta la potencia y la intensidad de la creación en la integración pasional de lo social, el despliegue de la potencia creadora de lo político. Spinoza sustenta este destino de integración colectiva como la potencialidad suprema de la acción:

Se dan, fuera de nosotros muchas cosas que nos son útiles y que por esto han de ser apetecidas. Entre ellas no pueden excogitarse otras más excelentes que las que concuerdan enteramente con nuestra naturaleza. En efecto, si, por ejemplo, dos individuos, enteramente de la misma naturaleza, se unen uno al otro, componen un individuo dos veces más potente que cada uno por separado. Nada pues, más útil al hombre que el hombre; los hombres, digo, no pueden desear nada más excelente para conservar su ser que el estar todos de acuerdo en todas las cosas de tal suerte que las almas y los cuerpos de todos compongan una sola alma y un solo cuerpo y se esfuerzen todos a la vez, cuanto puedan, por conservar su ser y busquen todos a la vez para sí lo útil común a todos; de lo cual se sigue que los hombres que

son gobernados por la razón, esto es, los hombres que buscan lo que les es útil bajo la guía de la razón, no apetecen nada para sí que no deseen para los demás hombres y, por lo tanto, son justos y honestos (Spinoza, 2011:194).

Ante la pasión que se integra con la pasión de los otros, experimentamos el crecimiento de la intensidad, la inquietud de lo que afirma y excede la experiencia significada de sí mismo. La inquietud ante lo que adviene, ante lo que surge como una fuerza de una magnitud en los linderos de lo tolerable, en las formas limítrofes de nuestras potencialidades de control. Se toca así con la experiencia de lo sublime o de las arenas nocturnas de la anomia, compromete las potencialidades de los vínculos colectivos y las conmociones de lo estético, el espectro de sus intempestivos desarraigos; involucra la dispersión de los paisajes de lo tangible y de los entornos de lo habitable. Paisajes de destinos nómadas y vacuidad de tiempos y nombres. Esta complejidad de la pasión se expresa en una condición que vela o por lo menos obstaculiza su comprensión: su doble genealogía. La transmutación histórica de las pasiones se integra de manera consustancial a las metamorfosis de las culturas y los procesos de civilización, a las aperturas y vías recurrentes o inesperadas de los patrones y estrategias sociales y políticas que enmarcan y sustentan la subjetivación.

Pero la noción de las prácticas engendradas desde las tramas de la pasión se presenta como un paisaje modelado y discordante respecto de la historia del pensamiento sobre las pasiones. La comprensión de las pasiones incorpora la comprensión del cuerpo —en particular la serie sensación, percepción, emoción y afección— y las potencias y modalidades del actuar; incorpora asimismo los desempeños y las dinámicas de lo psíquico, no sólo las operaciones de la conciencia, sino todas las manifestaciones que desbordan o transfiguran los modos de darse de ésta; incorpora la integración de la diversidad y los sentidos de las acciones individuales y colectivas, formas de darse de la conciencia de sí y del otro, pero supone también la realización material de la implantación y modificación incesante de los saberes,

los conocimientos, las creencias y los fundamentos regulatorios de las acciones inscritas en la génesis de situaciones y la instauración colectiva de patrones de identificación colectivos.

Referencias

- Aristóteles (2008), *De ánima* (prólogo, traducción y notas de Alfredo Llanos), Leviatán, Buenos Aires.
- Aristóteles (1990), *Retórica* (edición, traducción, prólogo y notas de Antonio Tovar), Centro de Estudios Constitucionales, Madrid.
- Aristóteles (1985), *Ética nicomáquea* seguido de *Ética eudemia* (introducción de Emilio Lledó Iñigo, traducción y notas de Julio Pallí Bonet), Gredos, Madrid.
- Dodds, E. R. (1951), *The Greeks and the Irrational*, University of California Press, Berkeley.
- Freud, Sigmund (1999), *Das Ich und das Es*, en *Gesammelte Werke*, Fischer, Frankfurt.
- Freud, Sigmund (1923), *Das Ich und das Es*, en Anna Freud, E. Bibring, W. Hoffer, E. Kriss, O. Isakower (eds.) [Sigmund Freud (1999)], *Gesammelte Werke*, 18 vols., Fischer, Frankfurt.
- Hacker, P. M. S. (2018), *The Passions. A Study of Human Nature*, Willey, Nueva York.
- Hobbes, Thomas (2000), *Tratado sobre el cuerpo*, Trotta, Madrid.
- Hume, David (2011), *A Treatise of Human Nature*, 2 vols., editado por David Fate Norton y Mary J. Norton, Oxford University Press, Oxford.
- Irwin, Terence (1995), *Plato's Ethics*, Oxford University Press, Oxford.
- Kaminsky, Gregorio (1990), *Spinoza: política de las pasiones*, Gedisa, Buenos Aires.
- Peirce, Charles S. (1998), *The Essential Peirce*, 2 vols., editado por The Peirce Edition Project, Indiana University Press, Bloomington.
- Peirce, Charles S. (1901), "On the Logic of Drawing History from Ancient Documents, Especially from Testimonies", en Charles S. Peirce (1998), *The Essential Peirce*, 2 vols., editado por The Peirce Edition Project, Indiana University Press, Bloomington.

Platón (1986), *La República* (introducción, traducción y notas de Conrado Eggers Lan), en *Obra completa*, vol. iv, Gredos, Madrid.

Spinoza, Baruch (2011), *Spinoza: Ética* seguido de *Tratado teológico-político* y de *Tratado político* (introducción de Luciano Espinosa), Gredos, Madrid.

Fecha de recepción: 09/07/19

Fecha de aceptación: 12/08/19